

LA ÚLTIMA GRAN DIÁSPORA LANZAROTEÑA (MIGRACIÓN
INTRAPROVINCIAL EN LAS CANARIAS ORIENTALES ENTRE
1940-1980)

RAMÓN DÍAZ HERNÁNDEZ

EMIGRACIÓN Y CAMBIO SOCIAL (1940 A 1980)

Los cuarenta años que transcurren desde 1940 a 1980 enmarcan para Canarias y para la isla de Lanzarote un período apasionante al que nuestra forma de vida actual, para bien o para mal, le debe casi todo. La modernidad como meta deseada colectivamente es algo que no viene sorpresivamente de un día para otro sino que requiere largas etapas de gestación, especialmente cuando los estímulos internos y externos que fuerzan al cambio son extremadamente débiles para influir en su aceleración; o cuando la resistencia a cambiar adquiere rasgos de enrocamiento. En cualquier caso, nada sería hoy igual si por aquellos años en las pocas ciudades importantes que había en la provincia (Las Palmas de Gran Canaria y Telde) el uso de la luz eléctrica no se hubiese democratizado y no hubiera empezado a iluminar, convirtiendo los hogares en un lugar más confortable. Con la corriente eléctrica llegaron los receptores de radio que incorporaron un atractivo más a los domicilios urbanos del que no disponían las viviendas del medio rural. Pero es el medio urbano en donde tienen mayor impacto las innovaciones tecnológicas que adquieren una gran difusión entre las familias de clase media. Es el caso del descubrimiento de la penicilina que significó un cambio drástico para la medicina moderna iniciando la llamada “Era de los antibióticos”¹; o de otros descubrimientos de uso cotidiano como el plástico, el acero inoxidable, el frigorífico, el cine o la televisión que tanto aportaron a la calidad de vida. Pero el cénit se alcanzó cuando las calles se empezaron a llenar de coches, símbolo por antonomasia del éxito social. Más allá de su utilidad, su estética y su potencial económico hacen del automóvil un objeto de deseo, un fetiche y un símbolo de modernidad².

1. Después de la última epidemia ('Gripe española' de 1918 a 1920) que se padece en Canarias, la desaparición de la supermortalidad infantil por tosferina, sarampión, 'falso crup', afecciones pulmonares, gastroenteritis, etc., tiene que esperar hasta la segunda mitad de los años 50 del pasado siglo. La penicilina fue un factor decisivo en la reducción de la mortalidad general y especialmente de la infantil.

2. Para Matisse, Léger, Duchamp, Picabia y otros grandes artistas el automóvil es parte de la vida moderna; tal vez su propia alma. (JARQUE, F.: “Motor y deseo” *El País*, 16-05-2009).

Por entonces las islas configuraban una realidad eminentemente agrícola que daba trabajo a 196.258 personas en 1955, es decir, a la mayor parte de la población. El poder económico y político descansaba sobre una estructura típicamente caciquil, con una elevada tasa de analfabetismo, especialmente alta entre las capas populares. Poco a poco, empezando por la capital de la provincia, se van introduciendo elementos de progreso y modernidad que se extienden lentamente por todas las islas. Los años de plomo de las décadas que inmediatamente sucedieron a la interminable postguerra civil conservaron aún y durante mucho tiempo un fuerte contraste entre el ámbito específicamente rural (el campo) y lo distintivamente urbano. En uno atraso y pobreza y en el otro avances tecnológicos y progreso. En el campo se sigue arando con yuntas de bueyes, se labra con sachos y se siega con hoces igual a como lo hacían los campesinos en la antigüedad. De ahí que el paisanaje fuese extremadamente rudo, presentaba rostros endurecidos por el sol y el trabajo duro ante el desconocimiento de la mecanización. En definitiva, prevalencia de una rusticidad encarnada en unas costumbres necesariamente austeras en donde el culto a la tradición impermeabilizaba a la sociedad de entonces de cualquier posibilidad de cambio.

Mientras eso sucedía en el medio rural, en Las Palmas de Gran Canaria emerge una clase media urbana que asimila nuevas costumbres como la moda de veranear en las playas y asistir a espectáculos. Se abren espacios de esparcimiento y diversión, se crea una infraestructura alojativa para atender al turismo de masas y surgen oportunidades de empleo más cómodas y mejor remuneradas. En los grandes comercios y tiendas rebosan los productos variados y asequibles. Las importaciones de excedentes agroindustriales procedentes de Europa se benefician del sistema 'dumping' que los abarata considerablemente hasta desbancar a los producidos en las islas por el sector tradicional orientado al abastecimiento interior. Con ello se arruinan las medianías y cumbres y en general todas las zonas que se habían especializado en la producción para el mercado interior desde hacía cinco siglos. Se llega así por primera vez a la ruptura de un sistema dual compuesto por dos tipos de agricultura, la de exportación y la de avituallamiento a la población nativa (que hasta entonces habían coexistido y hasta complementado) y que, por otra parte, desde la colonización a finales del siglo XV funcionó satisfactoriamente.

Los contrastes abismales que hemos descrito resumidamente hacen inevitable que la ciudad seduzca y se convierta en un imán para la gente del campo. Y que esta, la más capacitada, emprendedora, incluso dotada con algunos medios y con la influencia de amigos y parientes se empiece a trasladar para trabajar en la construcción, en las fábricas, en los transportes, en los recintos portuarios, aeroportuarios y en los servicios.

El viejo lema medieval decía que el aire de la ciudad hacía libres a las personas. Algo de ese espíritu contagioso estuvo también presente en estas décadas. Es el caso de muchas mujeres campesinas que ven en el éxodo la única posibilidad

de escapar de las rutinarias tareas puramente domésticas o campesinas carentes de horizonte para su promoción. Por eso, en cuanto pueden, escapan para integrarse en el sector servicios (comercio, turismo, enseñanza, administración pública, empleadas de hogar, sanidad, etc.) aunque con sueldos más bajos que los hombres y casi siempre a edades escandalosamente tempranas.

Pero a su vez la ciudad acentúa sus rasgos urbanos con el destierro de toda pervivencia de elementos rurales. Desaparecen definitivamente de sus calles y plazas los obsoletos carros tirados por animales, las bestias de carga, los corrales de aves domésticas, conejos y cabras. El aprovisionamiento de leche, carne y huevos se hace ahora por medio de redes comerciales perfectamente modernizadas. Las explotaciones ganaderas, las granjas avícolas y los cultivos que aprovechaban los espacios intersticiales que se dejaban inacabados entre las zonas compactadas por los edificios son expulsados del interior de las urbes y hasta de la propia periferia urbana. Su sola presencia ‘molesta y degrada la imagen urbana’ que ahora se pretende reforzar por otra moderna y libre de toda preexistencia ruralizante.

Esta pugna entre modernidad y progreso contra el atraso y la pobreza imperante en nuestro medio rural nunca se había entablado con la firmeza con que se hace en los años bajo examen. Su trascendencia ahora y a tiempo pasado nos parece tan obvia que hasta da la impresión de que nunca se libró tan desigual combate. El resultado al final del proceso ha sido tan aceptable que da la impresión de que no es necesario sacar conclusiones sobre una experiencia afortunada con todos los sacrificios individuales y colectivos que se tuvieron que hacer. Y eso es lo peor que podría suceder. También es cierto que nunca hasta nuestros días nos hemos dado el tiempo necesario para reflexionar sobre cómo se produjeron estos cambios y qué factores facilitaron las cosas para que las tensiones inherentes al binomio desarraigo/integración no introdujeran elementos de descontrol para así poder minimizar la conflictividad social.

LANZAROTE DURANTE EL SIGLO XIX: ESTADO DE LA CUESTIÓN

Para abordar el tema que se anuncia en el título de esta comunicación es preciso remontarse al pasado de Lanzarote a fin de encontrar explicación a fenómenos sociales y económicos que si se ven solo desde el presente pueden escapar a nuestra comprensión. Se hace, pues, necesario echar una mirada hacia atrás para ver al menos qué cosas han sucedido desde el siglo XIX hasta hoy que hayan dejado su huella en el presente. Y, en este sentido, lo primero que llama la atención es la acusada personalidad que la “Isla de Los Volcanes” presenta en el campo económico y social como vectores de primer orden que determinan una evolución demográfica insular claramente diferenciada.

Nuestra isla, con un paisaje quebrado y montañoso y con escaso suelo cultivable, junto a una acusada aridez, solo contaba como contrapartida con unas temperaturas benignas y estables durante la mayoría de los días del año y con un espíritu de supervivencia fuera de lo común por parte de sus pobladores. Prueba de ello es que para sacar algún provecho de las adversidades geomorfológicas precisaron ejecutar largos y costosos acondicionamientos del terreno y de la búsqueda desesperada de agua. Todo eso ha llevado a sus habitantes a un exagerado grado de parcelación y a derrochar esfuerzos indescriptibles para poner en producción un suelo tan esquivo. Con los precarios recursos hídricos que suministraban los pozos, galerías, gavias, enarenados, jables, minucioso aprovechamiento de las escorrentías para su almacenamiento en aljibes y balsas y las escasas y huidizas lluvias se cultivaban garbanzos, lentejas, cebollas, tabaco, boniatos, cereales, papas, tomates, nopales, forrajes, frutales, hortalizas y viñedos en su mayor parte en régimen de secano para el abastecimiento del mercado insular y, en las ocasiones que se obtenían excedentes, se exportaban al mercado regional.

Estos cultivos practicados en un sistema en donde se desconocía la mecanización precisaban de abundante mano de obra. De la disponibilidad de fuerza de trabajo se encargaba el crecimiento vegetativo que se nutría a su vez de una altísima fecundidad para cumplir su función procurando la suficiente población para ello. Y es que como decía el profesor Rosselló “la riqueza básica y casi única de esta isla han sido sus habitantes”. Pese a todo, Lanzarote tuvo un crecimiento poblacional entre 1857 y 1960 de 123,3%, muy inferior al registrado en esos mismos años por el archipiélago (300,9%), la isla de Gran Canaria (488,9%) y las Canarias orientales (377,7%). El aumento de población de nuestra isla (el de Fuerteventura fue aun más bajo con solo un 58,9%) demuestra la diferencia de desarrollo habido en las dos islas más orientales debido al inconsistente equilibrio producción/población en el contexto de un “modelo periférico” condicionado por la precariedad secular (aislamiento, abandono oficial, caciquismo, analfabetismo, sequías, hambre, etc.). Tan pronto se agudizaba la situación en los momentos en que se producían sequías, malas cosechas, hambres y epidemias la gente abandonaba en tromba la isla. Las calamidades adquirieron carácter cíclico y no se compadecieron de Lanzarote (al igual que Fuerteventura) que las tuvo que sufrir reiteradamente a lo largo de toda su historia. Eso explica, además de la permanente emigración hacia América, las salidas masivas hacia otras islas en momentos puntuales en donde la emigración superó en muchos decenios a su propio saldo vegetativo³ reduciendo el crecimiento demográfico. Eso explica el que Lanzarote se haya comportado históricamente como una isla exportadora de mano de obra. Por ejemplo, y sin ir más atrás en el tiempo, las crisis de subsistencia de los años

3. ROSSELLÓ VERGER, V. (1978): “Dinámica poblacional en las Canarias orientales 1960-1975”. *Estudios Geográficos*, nº 152, pp. 267-284.

1836 y 1838 provocaron salidas masivas (8.322 personas) de Lanzarote y Fuerteventura con dirección a Las Palmas de Gran Canaria. Entre 1900 y 1930 había 308 lanzaroteños residiendo en el Valle de Güímar en Tenerife⁴. Esta corriente persistió en aquella comarca hasta 1975 con parecida intensidad a la que se produjo en Santa Cruz y La Laguna. En esta última ciudad (QUIRÓS LINARES, 1971) los “conejeros” constituían más del 3% de la inmigración insular registrada desde 1930 a 1960. En la otra isla capitalina, en el barrio de La Isleta había un poderoso colectivo de mujeres de Lanzarote que eran esposas de marineros que vinieron mucho antes de 1940 a Las Palmas de Gran Canaria. El Censo de 1975 registra numerosos lanzaroteños residiendo en la isla de La Palma atraídos por los nuevos regadíos como por motivos parecidos se da también en el norte de Gran Canaria en donde residía un gran número de oriundos de Lanzarote y Fuerteventura. Por eso no es de extrañar que el 1,3% de la población foránea de Arucas entre 1884 y 1970 procediese de Lanzarote (DÍAZ HERNÁNDEZ, 1979). Se podrían añadir muchos más ejemplos de la presencia de lanzaroteños residiendo en el Valle de la Orotava, en la “Isla Baja” (Tenerife), en Telde o en el sur de Gran Canaria para dejar sentado el papel emisor de población que desempeñó aquella isla a lo largo de su historia. Pero la principal diferencia entre aquellas y estas migraciones reside no tanto en su número (que también), sino en su carácter temporal. De ahí el que se les defina como movimientos cíclicos en virtud de las crisis carenciales cuya frecuencia determinaba salidas coyunturales también periódicas⁵.

En síntesis se puede decir que Lanzarote necesitó casi un siglo para pasar de un estado de permanente emigración a ultramar y de una emigración coyuntural en años carenciales a la ‘inmigración turística’ desde finales de los setenta en adelante; es decir, de excedentaria de población activa y suministradora de fuerza laboral en el pasado entró en otra situación completamente distinta determinada por la demanda de mano de obra foránea para poder atender los servicios turísticos y al subsector de la construcción. Durante todo este tiempo se ha realizado una drástica reconversión de su sistema productivo tradicional basado en la agricultura, ganadería y pesca, implantados todos menos el último en el medio rural, que poco a poco es sustituido por otro bien distinto apoyado en los servicios terciarios, dinamizado por el turismo internacional y la construcción y ubicado espacialmente en enclaves de naturaleza urbana.

4. SOLÓRZANO SÁNCHEZ, J.: “Hacia el Valle de Güímar. La inmigración de Lanzarote y Fuerteventura (1900-1975)”. *Revista Aguayro*, nº 211, enero-febrero 1993, pp. 32-37.

5. Y es que si estos colectivos alargaban su estancia en las islas de acogida amenazaban con romper el frágil equilibrio población/subsistencia existente también en ellas. Por eso, tan pronto mejoraban las condiciones climáticas, una gran parte de los lanzaroteños regresaban a sus lugares de origen y los que no lo hacían eran en ocasiones obligados a retornar por diferentes presiones. (SOLÓRZANO SÁNCHEZ, J.: “Hacia el Valle de Güímar. La inmigración de Lanzarote y Fuerteventura (1900-1975)”. *Revista Aguayro*, nº 211, enero-febrero 1993, pp. 32-37).

DEL SUBDESARROLLO AL DESARROLLO: DEL CAMPO A LA CIUDAD

Después de quinientos años sin que se registren modificaciones sustanciales en las estructuras económicas y sociales insulares, el primer cambio de envergadura experimentado por Lanzarote tiene lugar entre los años 1940 y 1980. Es en el intervalo de tiempo señalado cuando las actividades del sector terciario (turismo, comercio, transportes y desarrollo del sector público, conjuntamente con el de la construcción) se van a encargar de relevar al sector primario (agricultura, ganadería y pesca) alzándose con la hegemonía en todos los aspectos. Durante el período de transición se efectuaron importantes movimientos de población por parte de los colectivos campesinos que buscaban adaptarse a esa nueva situación. Y es que, como en toda situación de cambio, la estructura económica se hizo acompañar de profundas transformaciones sociales y territoriales que determinarían a la larga una mejora generalizada del nivel de vida de la población “conejera”. Es a partir de aquel momento en que el medio rural tradicional empezó a retroceder y a perder influencia frente a un desarrollo urbano en incesante expansión.

A nivel insular, la mejor visualización mediática de este cambio radical la dio el entonces corresponsal en Lanzarote del periódico grancanario *La Provincia*, D. Guillermo Tophan Díaz, un caluroso viernes 15 de agosto de 1980, publicando una crónica vistosamente encabezada por el siguiente titular: “Alarmante despoblamiento del campo lanzaroteño”. En el primer párrafo del texto y en clave de obituario se podía leer que *La Agricultura, que antaño fue el más rentable renglón económico de Lanzarote, ha pasado a una situación verdaderamente alarmante. Ello ha ocasionado una considerable pérdida de potencial humano en el medio rural, durante los últimos años, provocando el desplazamiento de la juventud campesina hacia otras actividades urbanas, principalmente el turismo con su mundo de atrayentes incentivos.*

A corroborar lo expuesto anteriormente se dedica por entero nuestro trabajo que se confecciona a partir de los saldos migratorios, los censos y padrones municipales de habitantes (INE y CEDOC) desde 1940 hasta 1986 y, especialmente, del Padrón de Habitantes de la Provincia de Las Palmas de 1980 realizado por la Excm. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas.

En esa documentación hemos encontrado la cuantificación del volumen de lanzaroteños (entre 7.000 y 8.000 personas) que suponía nada menos que un porcentaje medio de más de un 13% de la población insular. Pero no nos limitamos a contar las consecuencias de ese trasiego, sino a buscar las causas (*push & pull*) por las que un número tan importante de población se vio obligada a cambiar de residencia en distintas localidades de la misma provincia por razones económicas y laborales. De paso aprovechamos para conocer su distribución real por Fuerteventura y, sobre todo, por Gran Canaria (véase tabla nº 3) en cuya capital recalaron las dos terceras partes de ese flujo migratorio intraprovincial. Las Palmas de Gran Canaria, como

recurrentemente en anteriores épocas de crisis, se erigió en el principal destino de esta emigración insular pero que en esta ocasión adquirió una clara vocación de permanencia.

Con este trabajo pretendemos estudiar, además, las vicisitudes de un pasado reciente por medio del cual una parte considerable de nuestra población rural se vio forzada a participar en movimientos sociales aparentemente contradictorios que se solaparon en el tiempo y en un mismo espacio. Cuando todavía no había cesado del todo la finisecular emigración transoceánica en los años 60, simultáneamente se estaban registrando drásticos ajustes demográficos insulares e interinsulares que conllevaban un masivo trasiego de excedentes vegetativos que buscaban fuera de su entorno mejores expectativas.

El éxodo rural se desató en nuestra provincia cuando el sistema reproductivo de mano de obra en el medio agropecuario tradicional dejó de desempeñar el papel de almacén de reserva laboral. La llegada de jóvenes al medio urbano y el abandono de las áreas rurales se hicieron a un mismo tiempo y lo peor es que se hizo de forma apresurada y desordenada. Pero en las zonas de destino sucedía también algo parecido: expansión improvisada de determinadas ciudades, creciente periurbanización y chabolismo con barrios permanentemente inacabados en donde reinaba la sensación de un cierto desbordamiento humano. Esta fue, si duda, la tónica dominante durante el primer desarrollismo 'laureano' de los años 60-70 del pasado siglo⁶.

A todo lo dicho se añade que, al mismo tiempo que todo eso se producía en las Canarias orientales, empezaban a llegar miles de personas procedentes de países extranjeros y del resto de España. Unos como turistas y otros como mano de obra que, en determinados casos, ocupaban los puestos de trabajo de mayor cualificación. A estos flujos se fueron añadiendo los derivados del proceso descolonizador de las antiguas posesiones de España en África: Guinea Ecuatorial⁷, Sidi Infi⁸ y Sahara occidental (1974). Además se registró el retorno de antiguos emigrantes canarios a América, especialmente de residentes en Cuba durante la contienda que acabó con el derrocamiento de Fulgencio Batista en 1959. Y, por otra parte, la mejora de las condiciones de vida y las normales relaciones de vecindad forzaron a su vez y por diferentes motivos (estudios, negocios, trabajo, vivienda, matrimonio, etc.) nuevas movilidades humanas (éxodo rural, desplazamientos pendulares, estacionales, informales, de larga duración, definitivas, etc.) a todas las escalas.

6. Así llamado debido al protagonismo del ministro franquista Laureano López Rodó (1920-2000) que ya, en 1956, ejerció de *Secretario General Técnico de la Presidencia del Gobierno*. Desde 1962 pasa a ser *Comisario del Plan de Desarrollo*, cargo que se eleva a la categoría de Ministro en 1965 y, hasta 1973, dirige la preparación y aplicación de los tres Planes Nacionales de Desarrollo Económico y Social que significaron un importante crecimiento de la economía española desde una perspectiva tecnocrática.

7. Este país africano obtuvo su independencia de España el 12 de octubre de 1968.

8. El 30 de junio de 1969 España cede la soberanía de este territorio a Marruecos en cumplimiento del Tratado de Retrocesión firmado en Fez el 4 de enero de 1969.

LOS CONDICIONANTES ECONÓMICOS

El período que se extiende entre los años 1940 y 1980 está muy condicionado en Canarias por lo sucedido en los años precedentes (1860-1940) que supusieron para las islas restricción económica, regresión social y ruptura política, con dos dictaduras militares en medio de las cuales tuvo lugar la proclamación de la IIª República y la guerra civil. En los años cincuenta es cuando en medio de muchos controles se empieza a notar un cierto alivio debido a la ampliación del mercado interior a partir de la nueva fase expansiva de la agricultura de exportación, de la recuperación del tráfico marítimo y de la llegada de remesas de los emigrantes isleños residentes en el exterior. A eso le siguió una dinámica económica expansiva y que bajo el nombre de desarrollismo fue impulsada en Canarias por la dictadura franquista entre los años 1960-1975 obteniendo un enorme alcance en todos los aspectos⁹.

En ese contexto histórico trataremos de analizar el proceso de desagrarización y concentración urbana acaecidos en la provincia de Las Palmas a partir de los años cuarenta hasta finales de los setenta del pasado siglo. La gran favorecida de ese proceso va a ser sin la menor duda la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria ya que, una vez superado el ciclo adverso provocado por un conjunto de factores que se sucedieron en el tiempo (crisis económica internacional de los años treinta, guerra civil española, segunda guerra mundial, aislamiento y dificultades para el comercio con el exterior durante la postguerra y la etapa de autarquía de los primeros años del franquismo con su conocida política de reruralización de la sociedad) se verá convertida finalmente en la primera ciudad del archipiélago canario.

Desagrarización y expansión urbana son, pues, dos fenómenos que en este caso se activan prácticamente al unísono como causa y consecuencia de un mismo proceso. En apenas tres décadas, los espacios de ocupación agropecuaria tradicional sufrieron una transformación acelerada, debida en gran parte a la fuerte influencia que ejercía la capital insular de Gran Canaria (que lo era a su vez de la provincia) sobre su entorno más inmediato y sobre las dos islas más orientales. Esta situación que se traduce en un cambio económico radical introducido por el *boom* del turismo y la construcción por medio del cual los servicios pasan a desempeñar un papel preeminente, mientras que el sector primario ve debilitada su posición hasta alcanzar en un momento dado el nivel más bajo en cuanto aportación de riqueza al PIB insular y provincial se refiere.

Dicho cambio va a tener unos costes sociales, económicos y territoriales importantes puesto que se salda con un éxodo rural sin precedentes, un rápido

9. En este proceso ya se aprecian los efectos de la nueva política económica que adoptó el franquismo a partir del Plan de Estabilización y Liberalización Económica de 1959 unido a la excelente coyuntura internacional.

envejecimiento de las comarcas afectadas, una inversión en los flujos migratorios tradicionales a favor de la inmigración y un recrudescimiento de la competencia entre los distintos usos del suelo debido a la implantación de nuevas infraestructuras, mayor asalarización y movilidad de la mano de obra, disputa por recursos naturales tan básicos como el agua, acentuación de los contrastes del nivel de vida urbano/rural y, sobretodo, una sustitución progresiva del tradicional paisaje agrario por otro de marcada influencia urbana/periurbana. Todo ello se efectuará, además, en un contexto más amplio de transformación social, económica y política del archipiélago.

La combinación de causas y consecuencias que han intervenido de forma decisiva en esta etapa (1940-1980) ha permitido tramar una reflexión de cómo las islas orientales han dejado de ser en poco tiempo un espacio dotado de cierta armonía paisajística, con un poblamiento relativamente bien distribuido, un territorio con asignación de usos y funciones delimitados con una economía mejor diversificada y en distensionada convivencia entre los diferentes sectores que la integraban. De una situación así se ha pasado a otra muy diferente en donde el territorio ofrece un carácter amalgamado por una creciente suburbanización que yuxtapone diferentes funciones introduciendo aspectos hasta ahora impensables como son: la generalización de usos no agrícolas en espacios rurales, al mismo tiempo que se producía un masivo abandono del campo desconocido hasta ese momento. A todo ello se añade la crisis ganadera, la dureza con que se ha realizado la reconversión del sector pesquero y de la entonces importante industria conservera con el aumento de la dependencia de los mercados exteriores para el abastecimiento de las necesidades más elementales de la población.

LA DEPENDENCIA DE LA AGRICULTURA Y EL LARGO PROCESO DE DESMANTELAMIENTO DE LAS ACTIVIDADES PRIMARIAS

La agricultura y el agua son, a juicio de González Vieítez y Bergasa (1995, p. 174), los elementos principales que han ocupado un lugar central en la economía canaria. Ambos factores desempeñaron una posición hegemónica, lo que a su vez contribuía a definir el peculiar modelo económico y social de Canarias, y que en la práctica se venía repitiendo con pocos cambios desde la conquista de las islas a finales del siglo XV. A mediados del siglo XIX la situación general que presenta la economía y la sociedad de las islas orientales se caracteriza por su fuerte dependencia de las actividades primarias. Nada menos que el 67,9% de los activos disponibles se destinan a los subsectores agrícola, ganadero y pesquero. El resto contaba poco; un escaso 6,4% se dedicaba a las actividades secundarias en donde sobresalen la artesanía y la industria conservera. Y en las actividades terciarias se integra el 25,7% de la población ocupada. Se trata de un sector claramente premoderno en donde los capítulos “sirvientas” (11,8%) y “ejército y armada” (6,5%) cubren la mayor parte del mismo.

Pero el panorama descrito no puede entenderse como homogéneo pudiéndose encontrar espacios en donde se acentúan todavía más los rasgos ruralizadores. En efecto, algunos territorios van a sentir una dependencia de la tierra aun más intensa. Es el caso de Lanzarote que por esos mismos años cuenta con un sector primario más elevado (75,6% de los activos de la isla) que supera en diez puntos a la media del conjunto oriental. Se compone de 4.370 jornaleros de la tierra que trabajan por cuenta ajena; 1.264 propietarios y 972 arrendatarios que suman un total de 6.606 efectivos sobre los 8.732 activos con que se contaba en 1860. En los restantes sectores el número de activos es menor y está representado por 351 artesanos que suponen un 4% de los activos. En el terciario hay una cierta diversidad en su composición al encontrarse integrado por 1.775 ocupados (20,3%) en donde destacan otra vez “las sirvientas” (8,6%), ejército y armada (5,7%), marineros (2,7%), comerciantes (1,2%) y empleados (0,8%).

La mayoría de los ocupados en el secundario y terciario residían en Arrecife, ciudad que consigue arrebatar a Teguiise la capitalidad de la isla en 1847, afianzándose como centro económico y político de Lanzarote. Al poco tiempo Arrecife se ve beneficiada por el Decreto de Puertos Francos de 1852, ley a través de la cual se concede a los principales puertos canarios la capacidad de entablar relaciones comerciales con los mercados internacionales salvando buena parte de los impuestos y aduanas vigentes en el resto del Estado español. Pero además de la actividad comercial, la mayor fuente de ingresos económicos de la ciudad fue durante décadas la pesca, siendo Arrecife la base fundamental de la flota que faenaba en el banco pesquero Canario-Sahariano y el recinto que albergaba una consistente industria conservera. Pero, además, la capital de la isla empezó a asumir funciones no agrarias que le permitieron evolucionar más rápidamente desde el viejo régimen hasta su consolidación como una ciudad moderna y cosmopolita.

Eso se apreciaba ya a mediados del XIX en su estructura socioprofesional en donde el porcentaje de personas dedicadas a la agricultura (27,2%) es inferior a la media insular en más de un 50%. Pero donde se distingue mejor su carácter urbano es en la composición y desarrollo de sus sectores secundario y terciario que superan con creces a sus homónimos de la propia isla e, incluso, de la media de las tres islas orientales. Es verdad que la fuerte presencia de sirvientas le confiere un aspecto arcaizante, pero que se atempera un tanto con los elevados valores que representan los marineros, comerciantes, empleados, ejército y armada, clero y culto, funcionarios públicos, etc. Todo lo cual en unión de otras influencias externas harán de Arrecife la punta de lanza en el largo proceso de modernización paralelo a la deconstrucción del medio rural de Lanzarote a lo largo de un período de más de ocho décadas de duración.

En 1877 la agricultura de las islas orientales seguía dando ocupación a la mayoría de la población. Nada menos que el 80,5% de los activos (126.980 personas) estaba empleado en el sector primario. Con estas cifras se puede afirmar que el carácter plenamente rural se intensifica si las comparamos con las registradas

en 1860. En 17 años se ha sumado al primario otros 27.288 activos al pasar de 102.287 a 126.980 efectivos integrados en los tres subsectores que lo componen (agricultura, ganadería y pesca). Si los recuentos no fallan estamos ante una etapa “reruralizadora” coincidiendo con una coyuntura de crisis debido al ‘crack’ de la cochinilla y la intensificación de la emigración canaria a ultramar.

Con el paso de los años, ruralidad, analfabetismo e inmovilismo socioprofesional caminan juntos, además de contar con un peso importante en lo económico, situación que se mantiene hasta muy tardíamente en comparación con lo que sucedía en el resto de España. Tal es así que en 1920 el Censo de la Población del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria hace saber que de los 457.663 habitantes de hecho que tenía Canarias, 317.606 no sabían leer y 11.167 tampoco sabían escribir. Estas cifras son expresivas del inmovilismo imperante. Todavía en 1950, el medio rural de las Canarias orientales contaba con una población total de 165.398 habitantes que venía a suponer un 44,07% de la población del conjunto de las tres islas señaladas. Allí la agricultura, ganadería y pesca continuaban siendo la principal fuente de riqueza y empleo en tanto en cuanto daban ocupación al 73,9 de sus activos.

En 1960 se produce en líneas generales un primer aviso de cambio importante y es que en la provincia de Las Palmas el sector terciario desbanca por primera vez y por muy poca diferencia (39,9% frente al 39,6%) al sector primario. Eso se debe al peso ejercido por la capital provincial y al despegue urbano de Telde y Arrecife (que desarrollaremos más abajo). El secundario avanza también gracias al despegue de la construcción situándose en un 20,5%. Pero eso no puede ocultar en primer lugar el importante papel que todavía juegan los 59.576 ocupados en la agricultura, ganadería y pesca en el conjunto de la provincia de los cuales 41.457 empleos corresponden al medio rural. Y lo más destacado, en segundo lugar, es que en la zona rural la población aumentó en un 10,1% al pasar de los 165.398 a 182.117 efectivos entre 1950 y 1960. Es allí en donde los ocupados en el sector primario consiguen mantener la supremacía al representar el 63,8% de los activos totales del medio rural.

En el municipio y en la ciudad de Arrecife ya se encuentran 1.555 activos de sus 4.007 ocupados totales integrados en el sector terciario, lo que significa un índice del 38,8%. Eso se ha conseguido gracias al tirón de los servicios oficiales públicos y personales (799 empleados) que suponen el grueso del mismo. Le sigue el comercio con 482 y transportes, comunicaciones y almacenaje con 262 ocupados. El sector secundario con un valor de 34,9% cuenta esta vez con una presencia destacada gracias a los 1.399 efectivos, en donde la presencia más visible viene dada por los empleados en las fábricas de conservas de pescado (con 1.052 puestos de trabajo), mientras que la construcción contrataba a 202 trabajadores por cuenta ajena. El sector primario se ve en estos años relegado al último lugar con solo un 23,5%, pero esta situación sociolaboral es aún una excepción en una isla intensamente agrarizada.

El proceso de desagrarización ya se empieza a notar con más nitidez en 1970 cuando el sector primario casi pierde la mitad de la población ocupada en la agricultura y que estaba registrada en 1960. Ahora queda, en efecto, reducida a 34.449 activos que no suponían más que un 20,2% de los 170.110 ocupados en toda la provincia. La industria y la construcción dan trabajo a 44.763 asalariados (26,3%) y el terciario ofrece empleo nada menos que a 90.848 ocupados que significan el 53,4% de la población que cuenta con trabajo en la provincia oriental. La desruralización entra, pues, en una fase acentuada de decadencia y en este proceso coinciden tres grandes factores: el espectacular avance del turismo y la construcción, el dinamismo de la ciudad de La Palmas de Gran Canaria y su principal nudo de operaciones en el Puerto de La Luz y la intensificación del comercio internacional que permite a los consumidores insulares acceder a productos agroalimentarios muy baratos importados desde Europa. Estos tres factores dieron impulso a un éxodo rural sin precedentes que afecta de forma especial a las zonas de agricultura tradicional (medianías y cumbres de Gran Canaria y a las islas de Fuerteventura y Lanzarote en donde solo sus capitales reducirían el impacto señalado). A mediados de los setenta y en plena fase de remonte de la crisis económica internacional, el proceso de transformación económica y social de la provincia de Las Palmas coge velocidad de crucero. En 1975, la población económicamente activa de la provincia sigue la tendencia en el incremento del cupo integrado en el terciario y en el secundario (que registra valores de 112.224 y 52.668 activos respectivamente, que suponen porcentajes del 56,9% y 26,7%). En cambio, el primario sigue su racha descendente al registrar 32.307 ocupados que bajan su tanto por ciento a solo 16,4%.

En estos mismos años en la isla de Lanzarote la situación socioprofesional sigue la misma evolución de su homónima provincial. El sector primario apoyado por su potente subsector pesquero desciende a 3.046 efectivos que representan el 15,68% de los activos; el sector secundario en donde la construcción supone la mitad del mismo y la industria manufacturera y alimentaria el resto, supera en 4 puntos a la media provincial, mientras que el terciario se queda a dos puntos de los índices representados por la media provincial. La hostelería y el comercio dan empleo a casi la mitad del sector, siendo el resto absorbido por los servicios comunales y personales, transporte, comunicaciones y almacenaje, servicio doméstico y administración pública.

Sobre el papel que desempeña Arrecife en la economía de la isla da cuenta el que uno de cada tres empleos que se ofrecen en Lanzarote tiene lugar en su capital. En efecto, en este municipio y su ciudad la función productiva genera 6.609 empleos distribuidos de la forma siguiente: el primario cuenta con solo 62 ocupados en la agricultura y 890 en la pesca que suponen el 36,1% del total capitalino. El sector secundario, con un 52,3% de los activos, es ahora y aquí mayoritario debido a que de sus 3.457 empleos, 2003 están contratados en la industria manufacturera y alimenticia (conservas de pescado fundamentalmente), le sigue

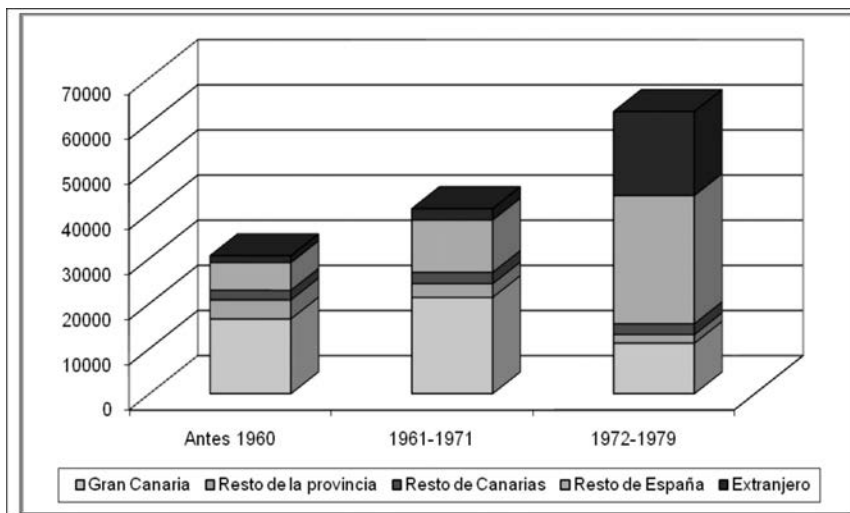
la construcción con 935 empleos y madera, mueble, agua, luz y electricidad con 1.278 asalariados. En Arrecife, los empleados en el terciario suman 3.375 que suponen un porcentaje de 51,06%. Es no solo el más importante sino también el más diverso por cuanto que está representado por numerosos subsectores de entre los cuales destacan el comercio, hostelería y restauración. Le siguen las contrataciones en los servicios comunales y personales, servicio doméstico, administración pública, finanzas, seguros, bienes inmuebles y servicios a las empresas, cultura y ocio y restauración, transportes, comunicaciones y almacenaje. Se trata de actividades netamente urbanas que permiten dar por sentado la atracción que esta capital insular era capaz de ejercer sobre el medio rural de Lanzarote.

IMPORTANCIA DE LA MIGRACIÓN INTRAPROVINCIAL

La información estadística a la que hemos podido acceder hasta 1980 no es completa, ni suficientemente desagregada y, además, es inconstante en lo que se refiere a indicadores de población inferiores a la provincia. La supresión de municipios (como el de Femés que el 11 de marzo de 1952 fue absorbido por Yaiza) junto a los cambios de criterio espacial en la configuración de los partidos judiciales da origen a dificultades insalvables en estudios evolutivos como el nuestro. El papel individual de las islas en la migración interior, o el de los municipios entre sí, solo se puede deducir a través del estudio del padrón de habitantes al actualizarse cada cinco años o, en su caso, con los documentos originales de los censos. En nuestro trabajo, la explotación del Padrón de 1980 realizado por mandato de la Excm. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas nos ha permitido conocer con todo detalle y por etapas la movilidad intraprovincial de la población de todos los municipios de las islas orientales. Aunque su utilidad ha sido decisiva para elaborar el presente estudio no debemos ocultar sus límites tales como el no poder conocer con exhaustividad los flujos mantenidos con o entre las islas occidentales, ni el alcance que tuvo la emigración extraprovincial en estos años en que sabemos por otras informaciones que todavía era muy activa. Tampoco aparece registrada la emigración hacia América pero que suponemos ya bastante debilitada en los años setenta.

Las fuentes consultadas nos dejan ver como los municipios rurales de la provincia, incluidos todos los correspondientes a la isla de Lanzarote, juegan un papel eminentemente emisor de población que sin salir de la provincia se dirige hacia las zonas receptoras favorecidas por los nuevos regadíos, los núcleos revitalizados por el turismo, como Santa Lucía o San Bartolomé de Tirajana, el despertar de las tres capitales insulares, particularmente de Las Palmas de Gran Canaria, esta vez dinamizadas por los puertos francos, la recuperación del comercio internacional y la concentración de la función administrativa (Véase figura 1).

Figura 1: Importancia de la inmigración llegada a Las Palmas de Gran Canaria



Fuente: Padrón de la EXCMA. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas

EVOLUCIÓN DE LOS SALDOS MIGRATORIOS DE LANZAROTE

A quien debemos los primeros estudios sobre la evolución histórica de los saldos migratorios interiores de las Canarias orientales es al profesor Alfonso García Barbancho¹⁰. Es el citado autor quien, tomando como referencia espacial los partidos judiciales, estudia Arrecife (que a la sazón era sede única del partido judicial de Lanzarote) y compara los saldos migratorios obtenidos entre 1901-1930; 1951-1960 y 1961-1970 que le dan siempre un resultado negativo favorable a la emigración: en los cincuenta años analizados se registraron un total de 5.081 salidas más que entradas en la isla bajo examen. El profesor Rosselló Verger¹¹ realizó a su vez dos trabajos pioneros: “Dinámica de la población de las Canarias Orientales” y “Dinámica poblacional en las Canarias Orientales (1960-1975)” en

10. Autor de varias monografías como *Las migraciones interiores españolas en 1961-1965*. Estudios del Instituto de Desarrollo Económico, Madrid, 1970, 75 pp.; “Las migraciones interiores españolas y su repercusión sobre la población agraria”. *Revista de Estudios Agro-Sociales*, nº 58, 1967, pp. 9-31; *Las migraciones interiores españolas en 1961-70*. Instituto de Estudios Económicos. Ensayos. Madrid, 1975, 121 pp. + apéndice estadístico y *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*. Madrid. Instituto de Desarrollo Económico, 1967.

11. El primer trabajo fue publicado en *Aportación española al XXI Congreso Internacional* (celebrado en Nueva Delhi, India), Madrid, 1969, pp. 185-218. Y el segundo en la *Revista Estudios Geográficos*, 1978, núm. 152, pp. 267-284.

donde junto a otros aspectos se abordan las migraciones interiores, sus causas y consecuencias. Pero es a mediados de los setenta y ochenta cuando un grupo de investigadores capitaneados por Eugenio Burriel¹² arrojaron más luz sobre estos fenómenos. Así J.F. Martín Ruiz¹³ demostró que, desde 1936 a 1980, Lanzarote contó con seis de un total de nueve quinquenios en los que se registró un saldo migratorio negativo de 8.688 salidas más que entradas. Como se puede ver la cifra obtenida por este último es mayor que la señalada por García Barbancho a pesar de que se empieza a contar en los años treinta. Se trata en concreto de los quinquenios (1941-1945; 1946-1950; 1951-1955; 1956-1960; 1961-1965 y 1966-1970) que son claramente favorables a las salidas. En cambio, el signo se invierte solo en el quinquenio 1936-1940 y en los años comprendidos entre 1971 y 1980 que registraron 4.254 entradas más sobre las salidas. Vemos, pues, que los saldos migratorios constituyen una muestra más de la importancia que cobró la emigración lanzaroteña durante las cuatro décadas que van desde 1940 a 1980. Por su parte, y coincidiendo a grandes rasgos con el estudio anterior, J. León Rodríguez¹⁴ calculó un saldo migratorio de 7.784 salidas por encima de las entradas en los tres decenios comprendidos entre 1941 y 1970, mientras que durante la década de 1971 a 1980 entraron en Lanzarote 1.884 personas más de las que salieron. Como vemos, los signos negativos y positivos de los saldos migratorios obtenidos a través del método de los excedentes vegetativos en relación con las cifras censales¹⁵ revelan unos valores similares de los saldos y una idéntica concordancia temporal: etapa favorable a las salidas masivas entre 1940 y 1970 y etapa con más entradas desde 1971 a 1980.

En nuestro estudio (Tabla 1), que sigue al pie de la letra el método de la 'ecuación compensadora', hemos llegado a un resultado también coincidente a grandes rasgos con Martín Ruiz y García Rodríguez en tanto en cuanto que se aprecian las mismas tres décadas (de 1940 a 1970) en donde los saldos migratorios negativos (-8.971) son bastante abultados. En la década de los cuarenta las entradas superan a las salidas por muy poca diferencia (179) y en los años setenta la inmigración a Lanzarote (1.632) procedente del resto del archipiélago, de la

12. BURRIEL DE ORUETA, E. (1975): *Evolución moderna de la población de Canarias*. Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, 44 pp. y *Población y agricultura en una sociedad dependiente*. Ed. Oikós-Tau. Barcelona, 1981, 245 pp.

13. MARTÍN RUIZ, J. F. (1985): *Dinámica y estructura de la población de las Canarias Orientales (Siglos XIX-XX)*. Dos tomos. Madrid. 2º Tomo, p. 419-425.

14. GARCÍA RODRÍGUEZ, J. L. (1985): "Evolución de la población" y "Dinámica reciente de la población". Capítulos II y III de la *Geografía de Canarias. Geografía Humana*, Tomo IIº de la Editorial Interinsular Canaria, pp. 44-68 y 45-1000. Santa Cruz de Tenerife.

15. GUIOT, P. (1949): *Thurins, démogéographie d'une commune rurale de l'ouest lyonnais*. Publié en 1949, A. Colin (Paris). En su magnífica monografía (LEGUINA, J. [1973]: *Fundamentos de demografía*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 372 pp.) se define este método como "ecuación compensadora", pp. 263-264.

Tabla 1: Excedentes vegetativos y saldos migratorios en Lanzarote (1930-1981)

Años censales	A (Población inicial)	B (Crecimiento vegetativo)	C A+B	D (Población al final del decenio)	E D-C
1981	53.452	9.908	51.820	53.452	1.632
1970	41.912	9.285	44.103	41.912	-2.191
1960	34.818	7.665	37.650	34.818	-2.832
1950	29.985	6.457	33.933	29.985	-3.948
1940	27.476	4.867	27.297	27.476	179
1930	22.430	-.--	-.--	-.--	-.--
Total		38.182		31.022	-7.160

Fuentes: Registros civiles, censos y padrones de habitantes (INE, CEDOC e ISTAC)

Península y de países extranjeros preludia ya lo que va a suceder en las décadas siguientes. Si asignamos a las cifras negativas un valor de referencia comprobaríamos lo siguiente: a) que Lanzarote en 50 años pierde población más o menos equivalente a un 13,4% de sus recursos humanos; b) lo que constituye, sin duda alguna, una cifra muy alta teniendo en cuenta que en épocas pretéritas, cuando la emigración lanzaroteña a ultramar alcanzó su máximo esplendor, las pérdidas de efectivos insulares siempre estuvieron en torno a un 4-5,5% de su población total, incluso algo más cuando sobrevenían sequías, malas cosechas, hambre y epidemias y c) que, pese a la gran diáspora, el crecimiento de la isla fue realmente relevante (138,3%) porque casi triplica los recursos humanos censados en 1930.

Al final del período acotado en nuestro estudio, la población de Lanzarote presenta un proceso de clara evolución hacia una modernidad que pivota sobre el crecimiento urbano y la expansión del sector servicios. Desciende la emigración exterior e interior y, por el contrario, comienza a recibir población foránea no solo desde la zona africana de influencia hispana hasta aquel momento, sino desde otras islas y muy pronto también desde el territorio peninsular español. A esa inmigración se añade la comunitaria y la extracomunitaria que se convierte en la más significativa desde finales de los noventa y en lo que llevamos recorrido del primer decenio del siglo XXI. Por ello en Lanzarote tienen lugar los mismos cambios sociales y poblacionales que se producen en el resto del archipiélago, aunque con retraso debido al papel ejercido por el modelo de “economía periférica” que regentaba hasta entonces. El factor turístico y, como consecuencia de su expansión, el “boom” de la

Tabla 2: Evolución de la población de Lanzarote (1930-1981)

Censos	Pobl. de Hecho	Pobl. de Derecho	Diferencia al final del decenio	Tasa de crecimiento anual	Tasa de crecimiento intercensal	Densidad	% respecto a la población total del archipiélago
1930	23.500	22.430		0,42	4,2	26,5	4,1
1940	27.204	27.476	5.046	2,005	22,5	32,5	4,1
1950	30.751	29.985	2.509	0,88	9,1	35,4	3,8
1960	36.519	34.818	4.833	1,51	16,1	41,2	3,7
1970	41.146	41.912	7.094	1,87	20,3	49,5	3,6
1981	50.721	53.452	11.540	2,42	27,5	63,2	3,7

Fuentes: Censos del INE. Elaboración propia

construcción y del sector servicios, desarticularon la economía tradicional de subsistencia, al tiempo que produjeron cambios muy notables en el actual asentamiento de la población debido al éxodo rural (con envejecimiento prematuro en origen y crecimiento urbano en destino). Hasta mediados de los setenta asistimos a una multitudinaria diáspora que, coincidiendo con el éxodo rural, se produce en las zonas rurales de Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria esparciéndose por sus zonas urbanas y focos turísticos, preferentemente. Es una de las consecuencias del “boom” turístico-constructivo-comercial que ha potenciado el creciente desarrollo de las Canarias orientales en las últimas décadas.

LA ÚLTIMA GRAN DIÁSPORA LANZAROTEÑA

Durante los años 1940 a 1981 las migraciones interiores acaecidas en la provincia de Las Palmas movilizaron a más de 72.000 personas que sin moverse de su provincia cambiaron de municipio de residencia, en muchos casos de isla y de actividad profesional. En otras palabras: una media de 13,3 de cada cien residentes en las Canarias orientales se vio involucrada en estas corrientes. En la tabla 3 se recogen solo las cifras correspondientes a la diáspora lanzaroteña que se dirige a las islas de Gran Canaria y Fuerteventura durante los años 1940 a 1981 y sus principales etapas. Dentro de esas corrientes, la participación de la población de Lanzarote en los grandes movimientos migratorios interiores de la provincia de Las Palmas se elevó a 7.242 personas¹⁶ que supone un 10,3% del total; mientras que a la isla de Gran Canaria por ser la más poblada le correspondió el 83,92% de los mismos

16. Cifra muy próxima a la que contabiliza el éxodo rural del municipio de Arucas que se dirigió a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria entre 1960 y 1980.

implicando a más de 60.000 personas; Fuerteventura incorporó a estas corrientes un total de 4.094 personas contribuyendo con un modesto 5,8%¹⁷ por tratarse de una isla débilmente poblada en esos años.

Tabla 3: Población de Lanzarote dispersa por el resto de la provincia de Las Palmas entre 1960 y 1980

Municipios	Antes de 1960	1960-63	1964-67	1968-1971	1972-1975	1976-1979	1980	Total
Agaete	1	1	--	--	11	1	--	14
Agüimes	89	4	8	6	10	6	9	132
Aucas	28	3	2	10	7	10	--	60
Gáldar	9	1	--	2	2	1	13	28
Ingenio	30	3	12	25	13	3	22	108
Las Palmas de GC	2.539	506	458	777	801	289	451	5.821
Moya	6	--	--	--	--	4	--	10
S.Bartolomé	190	6	4	1	9	3	30	243
Aldea de SN	14	6	--	--	1	1	1	23
Sta. Brígida	3	4	9	6	15	4	--	41
Sta. Lucía	68	13	23	18	33	19	13	187
Sta. M ^a de Guía	2	2	--	--	3	--	--	7
Tejeda	1	--	--	--	--	--	3	4
Telde	57	22	57	62	45	28	66	337
Teror	4	3	3	6	8	1	--	25
Valsequillo	2	--	--	--	--	--	--	2
Valleseco	1	--	--	--	1	--	--	2
Vega de San Mateo	1	1	--	1	1	1	--	5
Total GC	3.045	575	576	914	960	371	608	7.049

17. DÍAZ HERNÁNDEZ, R. (1990): *Origen geográfico de la actual población de Las Palmas de Gran Canaria*. CIES, nº 17. Las Palmas de Gran Canaria, 470 páginas.

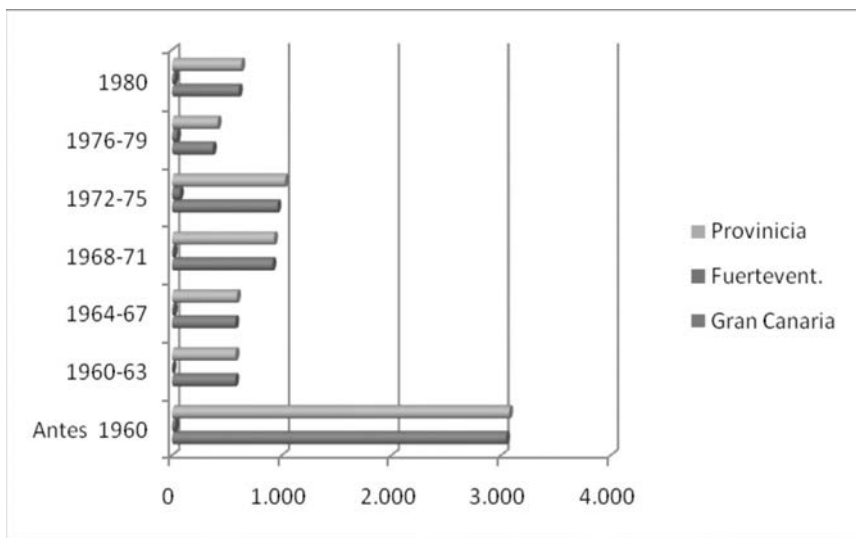
Antigua	5	1	--	--	--	--	1	7
Betancuría	--	--	--	--	--	5	--	5
La Oliva	10	1	6	6	11	8	12	54
Pájara	--	--	--	--	--	8	--	8
Pto. del Rosario	13	1	9	9	59	23	10	124
Total Fuerteventura	28	3	15	15	70	44	23	198
Total provincial	3.073	578	591	929	1.030	415	631	7.249

Fuente: Padrón de la Excma. Mancomunidad de Cabildos de la provincia de Las Palmas. Elaboración propia

Si ponemos en relación a las 7.249 personas que salieron de Lanzarote con la población total que tenía aquella isla a comienzos y final de la etapa estudiada nos da un porcentaje del 26,4% y el 13,5% de la población de derecho censada entre 1940 y 1981 respectivamente. Eso nos da una idea del alcance de estos movimientos, sobre todo si recordamos nuevamente que en la finisecular participación de Lanzarote en la emigración hacia América pocas veces los egresados excedieron del 6% de la población total.

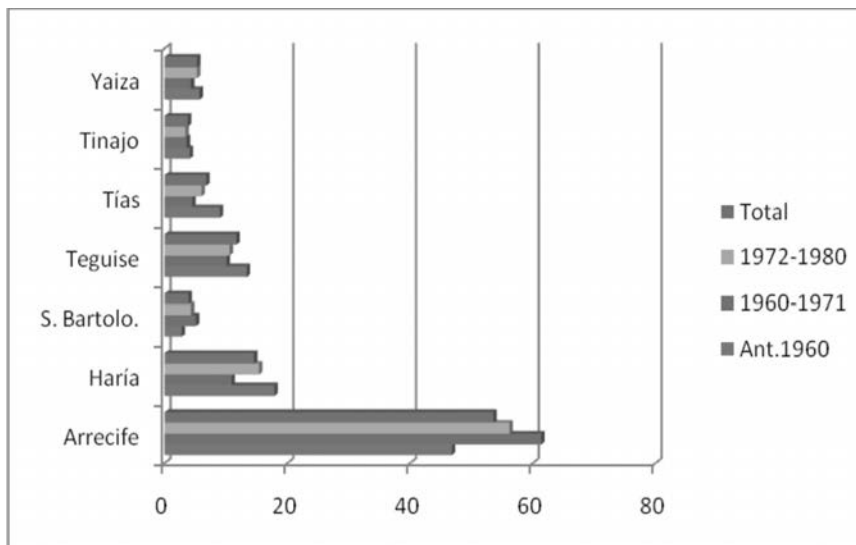
La mayor parte de la diáspora “conejera” se dirigió a la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria. En efecto, unas 5.821 personas (equivalente al 80,36% del total de desplazados) optaron por instalarse en la capital de la provincia atraídos por las oportunidades de empleo que allí se brindaban en las actividades portuarias, en la construcción y en los servicios. Los restantes 1.422 (un 19,64%) se repartieron entre 17 municipios de Gran Canaria (1.228) y algo menos de 200 lanzaroteños lo hicieron en 6 municipios de la vecina isla de Fuerteventura. La dispersión de aquellos emigrantes se hizo de forma desigual en los territorios de acogida dentro de la provincia. De forma que nos encontramos con unas pocas localidades en donde prácticamente no se registran “conejeros” (Mogán, Firgas, Artenara y Tuineje) mientras que, por el contrario, en Telde, San Bartolomé de Tirajana, Agüimes, Santa Lucía de Tirajana y Puerto del Rosario se aprecia una especial capacidad de acogida ya que en ellos solo residen 1.083 lanzaroteños que vienen a suponer un 15% de la totalidad de la diáspora procedente de aquella isla. Se trata, por otra parte, de localidades favorecidas directa o indirectamente también por el turismo, los servicios y la construcción y por esa razón las oportunidades de encontrar empleo superaban con creces a los restantes municipios.

Figura 2: Etapas de la diáspora de Lanzarote en el interior de la provincia de Las Palmas



Fuente: Padrón de la Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas

Figura 3: Importancia de las migraciones de Lanzarote según localidad y etapas.



Fuente: Padrón de la Excm. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas

Una novedad importante es que en esta ocasión no estamos ante una edición más de las repetidas expulsiones periódicas de pobladores que tradicionalmente se dirigían a Gran Canaria en momentos de crisis y, una vez superada la situación, regresaban al punto de partida¹⁸. Las localidades que sufren más la erosión migratoria son en primer lugar las más pobladas como Arrecife y Teguiise. Y luego, a mucha distancia, se sitúan aquellas otras localidades como Haría, Tías o Yaiza que presentan unos rasgos agrarios mucho más acusados que las restantes. San Bartolomé, dada su cercanía de Arrecife y al impacto del aeropuerto, es el que menos se vio afectado por la corriente migratoria.

La mayor parte de los flujos se reparten en dos grandes etapas tomando como umbral el antes y después de 1960. Al principio, durante la década de los cuarenta-cincuenta, la composición de los mismos era eminentemente de base agraria. Sin embargo, a partir de los años sesenta participan en la diáspora junto a familias de jornaleros de la tierra otros componentes no agrarios. Eso explica el protagonismo de los procedentes de Arrecife y Teguiise en donde el número de activos en el sector primario era muy inferior a la media de la isla en todo este trasiego. Se trata de gente que cuenta ya con cierta preparación y que, con proyectos de vida decididos, se instala en Gran Canaria para promocionar social y profesionalmente pero también para quedarse a vivir definitivamente.

Tabla 4. Lanzaroteños en la ciudad de Las Palma de Gran Canaria

Municipios de procedencia	Total	Antes de 1960	1961-1971	1972-1980
Arrecife	3.123	1.189	1.069	641
Haría	855	456	190	128
S. Bartolomé	229	73	90	47
Teguiise	681	341	177	112
Tías	400	229	78	61
Tinajo	222	106	63	33
Yaiza	311	145	74	68
Total	5.821	2.539	1.741	1.090

Fuente: Padrón de la Excma. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas

18. SOLÓRZANO SÁNCHEZ, J.: "Hacia el Valle de Güímar. La inmigración de Lanzarote y Fuerteventura (1900-1975)". *Revista Aguayro*, nº 211, Enero-Febrero 1993, pp. 32-37.

Tabla 5: Lanzaroteños en la isla de Gran Canaria (menos en Las Palmas de Gran Canaria) según su procedencia por municipios en %

Municipios de procedencia	Total (En %)
Arrecife	27,2
Haría	23,1
S. Bartolomé	13,4
Teguise	12,6
Tinajo	7,4
Tías	6,9
Yaiza	9,4
Total	100,0

Tabla 6: Movilidad intrainsular y el papel receptor de Arrecife

Municipios	A. 1960	1960-63	1964-67	1968-71	1972-75	1976-79	Total
Haría	3	4	13	11	8	13	52
S. Bartolo.	19	1	5	22	72	82	201
Teguise	16	6	13	28	46	17	126
Tinajo	2	3	3	8	16	37	69
Tías	7	5	6	23	36	34	111
Yaiza	1	--	4	7	28	17	57
Total	48	19	44	99	206	200	616

Fuente: Padrón de la EXCMA. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas

CONCLUSIONES GENERALES

a) La demografía de Lanzarote durante el pasado siglo XX ha experimentado tres procesos cruciales de estancamiento, transición demográfica y expansión claramente definidos en los que las salidas y entradas de personas han desempeñado un papel muy relevante. Hasta 1970 han prevalecido las salidas sobre las entradas; a partir de esta última fecha el volumen de personas foráneas empadronadas va

a ser cada vez más amplio a la vez que el número de salidas desciende. Ese proceso se acentuará especialmente desde mediados de los ochenta de forma que la inmigración se responsabiliza de la mayor parte del crecimiento poblacional que, a fecha de enero de 2008, superaba ya los 139.506 residentes. La reconversión de su sistema productivo ha supuesto al fin el abandono del papel de exportador de mano de obra y asumir el carácter deficitario de la misma abriendo el mercado laboral a la inmigración exterior.

b) La diáspora conejera de los años 40-80 se inserta dentro de los grandes movimientos migratorios interiores que tienen lugar en las Canarias orientales con dirección predominante hacia Las Palmas de Gran Canaria, si bien poco a poco emergen otros destinos secundarios en el sur de Gran Canaria, Telde, Arrecife (véase tabla 6) y Puerto del Rosario. Esa corriente se interrumpe a finales de los setenta debido a la inversión de los flujos que a partir de entonces favorecen de forma especial a la inmigración internacional.

c) La formación social prevaleciente en aquella isla, con su característico modo de producción tradicional y sus relaciones sociales (basadas en las actividades agroganaderas y pesqueras en un período predominantemente precapitalista), estaba encabezada por una minoría inmovilista que detentaba el control de recursos productivos decisivos para su supervivencia. La extrema pobreza y la ausencia de expectativas de progreso son las responsables en buena medida del éxodo rural y del intenso trasiego humano en unos años en que, a su vez, se opera a nivel del archipiélago la transición de una economía primaria hacia otro modelo socioeconómico apoyado por la creciente asalarización en los servicios urbanos con el turismo como principal motor. En ese contexto se propicia un cambio en la evolución demográfica que fue coincidente en el tiempo con los dos fenómenos de desruralización por una parte e hiperterciarización por otra.

d) Los condicionantes del modelo de “economía periférica” hicieron que la inmigración en Lanzarote no fuera un hecho decisivo hasta el momento en que se consolida la especialización del sistema productivo basado en la oferta alojativa para el turismo de masas. En ese proceso se pierden oportunidades de diversificación. La descolonización del Sahara en 1975 supuso una auténtica turbulencia social en Lanzarote hacia donde retornaron antiguos emigrantes que habían salido con anterioridad de la isla hacia Villa Cisneros, Smara o El Aaiún. Se repite un tanto lo que había sucedido en 1958 en Sidi-Ifni, pero esta vez la mayor repercusión va a estar marcada por la pérdida del banco pesquero canario-sahariano que termina con el próspero sector pesquero de la isla y su floreciente industria conservera.

e) Hemos puesto la mirada en el pasado para retratar el presente y prever los retos que se plantearán en el futuro. En un país como el nuestro de consumidores satisfechos (*novorriquismo*¹⁹) e integrados en los géneros de vida occidental, de natural

19. ARGULLOL, R.: “Disparad contra la Ilustración”. *El País*, 7-09-2009, p.23

olvidadizos, nunca está de más constatar los cambios que se han experimentado en las pasadas décadas y que se han borrado prácticamente de la memoria colectiva a pesar de su envergadura social, económica y territorial. Los pueblos que olvidan sus errores cometen el error de repetirlos. Por eso este tipo de estudios, en nuestra opinión, cumple con la obligación de recordar cómo era Canarias hace 50-60 años y con qué precariedad se sobrevivía entonces; aquí se explican estos epifenómenos insertos dentro de un contexto histórico más amplio a las nuevas generaciones que no saben bien de dónde proceden, quiénes son verdaderamente y cómo se ha construido la sociedad actual en la que viven. La elección de Lanzarote no es casual ya que es la isla en la que se produjo una gran diáspora y al poco tiempo después empieza a experimentar el mayor número de entrada de inmigrantes (regulares e irregulares) fruto de un desarrollismo desaforado propio de una economía que está transformando a ritmo acelerado su estructura económica, social y territorial. Aquí se produjo el experimento integrador multicultural más notable de nuestra historia. Gente de distintas procedencias (canarios de todas las islas, peninsulares, extranjeros comunitarios y extracomunitarios) con una amplia diversidad cultural acabaron muy pronto plenamente integrados en una sociedad intercultural.

f) La importancia que han adquirido recientemente las migraciones internacionales ha provocado que la mayoría de los estudios sociales centren su atención sobre las mismas, restando protagonismo a las migraciones interiores que a nuestro juicio siguen teniendo un notable interés hoy en día en numerosos países de África, Asia y América Latina. En Canarias, a pesar de la significación que ha tenido y sigue teniendo la movilidad intraindular, son escasos los trabajos que abordan esta temática que requiere de una mayor atención por parte de los investigadores sociales. Recientemente, y por diversas razones, hemos tenido que volver a estudiar las migraciones interiores que tuvieron lugar durante los años 1940-1980 para conocer la conflictividad social resultante y las estrategias que por entonces tuvieron que emprender los actores e instituciones oficiales implicadas para minimizar sus consecuencias²⁰. A este respecto conviene recordar que al final del proceso, en el momento en que las turbulencias de la transición amainaron en la década de los ochenta y noventa, fue cuando en cierta medida asistimos al éxito colectivo (y poco valorado todavía) de la experiencia integradora realizada por la sociedad canaria en su conjunto por medio de la cual lo que fue una realidad diversa y multicultural se fue reorientando poco a poco hacia otra de clara identidad intercultural, inclusiva, cohesiva y con pleno predominio de una cosmovisión urbana que comparte valores e ideales universales. Como

20. DÍAZ HERNÁNDEZ, R.: “La última gran diáspora mayorera (migraciones intraprovinciales en las Canarias Orientales durante 1940-1980)”. *El Museo Canario*, N° LXIII, 2008, pp.187-214 y DÍAZ HERNÁNDEZ, R. Y OTROS: “Crecimiento urbano y desagrarización en Gran Canaria durante los años 1950-1980” en el libro de Homenaje Jubilar al Dr. Miguel Panadero Moya (UCLM) en trámite.

sociedad acogiente se necesita de ese bagaje para afrontar los retos que se han abierto durante el segundo desarrollismo de 1999 a 2007 y que ha supuesto la llegada de miles de inmigrantes de todos los continentes.

BIBLIOGRAFÍA

BURRIEL DE ORUETA, E. (1975): *Evolución moderna de la población de Canarias*. Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, 44 pp. y *Población y agricultura en una sociedad dependiente*. Ed. Oikós-Tau. Barcelona, 1981, 245 pp.

CIES: *Lanzarote*, Nº 11. Las Palmas de Gran Canaria, Octubre de 1971, p. 219.

DÍAZ HERNÁNDEZ, R.: “La mortalidad de Arrecife de Lanzarote entre los años 1914 y 1918”. Actas de las *Iª Jornadas de Historia de Lanzarote y Fuerteventura*, pp. 527-551.

DÍAZ HERNÁNDEZ, R.: *Evolución de la población del municipio de Arucas (1857-1975)*. Excma. Mancomunidad Interinsular de Cabildos de Las Palmas. Las Palmas de Gran Canaria 1979, 222 p.

DÍAZ HERNÁNDEZ, R.: *Origen geográfico de la actual población de Las Palmas de Gran Canaria*. CIES, nº 17, Las Palmas de Gran Canaria, 1990, 470 p.

DÍAZ HERNÁNDEZ, R.: “La última gran diáspora majorera (migraciones intraprovinciales en las Canarias Orientales durante 1940-1980)”. *El Museo Canario*, Nº LXIII, 2008, pp.187-214.

DOMINGUEZ MUJICA, J. (1996): *La inmigración extranjera en la provincia de Las Palmas*. CIES, nº 32. Las Palmas de Gran Canaria, 455 páginas.

GARCÍA BARBANCHO, A. (1970): *Las migraciones interiores españolas en 1960-1965*. Instituto de Desarrollo Económico. Madrid, 76 pp.

--- (1974): *Las migraciones interiores españolas en 1961-1970*. Instituto de Estudios Económicos. Madrid.

GARCÍA RODRÍGUEZ, J. L. (1985): “Evolución de la población” y “Dinámica reciente de la población”. Capítulos II y III de la Geografía de Canarias. Geografía Humana, Tomo IIº de la Editorial Interinsular Canaria, pp. 44-68 y 45-1000. Santa Cruz de Tenerife.

GUIOT, P. (1949): *Thurins, démographie d'une commune rurale de l'ouest lyonnais*. Publié en 1949, A. Colin (Paris).

GONZÁLEZ VIEÍTEZ, A. y BERGASA PERDOMO, O. (1995): *Desarrollo y subdesarrollo de la economía canaria*. 2ª Edición, Tenerife, 215 páginas.

LEGUINA, J. [1973]: *Fundamentos de demografía*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 372 p.

MARTIN RUIZ, J. F.: “Dinámica del empleo, trasvases de población activa y envejecimiento rural en Canarias 1940-1979”. En VV.AA. (1981): *Canarias ante el Cambio*. ULL, Instituto de Desarrollo Regional, Banco de Bilbao, Junta de

Canarias y Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la ULL, Santa Cruz de Tenerife, pp. 113-128.

MARTÍN RUIZ, J. F. (1985): *Dinámica y estructura de la población de las Canarias orientales (Siglos XIX y XX)*. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, Madrid, dos tomos.

MARTÍNEZ CACHERO, L. A. (1969): *La emigración española a examen*. Guadalajara, ASE, 194 páginas.

QUIRÓS LINARES, F.: *La población de Laguna (1837-1960)*. Instituto de Estudios Canarios. La Laguna, 1971, 126 p.

ROSSELLÓ VERGER, V. “Dinámica de la población de las Canarias Orientales”. *Aportación española al XXI Congreso Geográfico Internacional* celebrado en Nueva Delhi, Madrid, 1968, pp.185-218.

ROSSELLÓ VERGER, V.: “1ª Dinámica poblacional en las Canarias Orientales (1960-1975)”. *Estudios Geográficos*, nº 152 (1978), pp.267-284.

SOLÓRZANO SÁNCHEZ, J.: “Hacia el Valle de Güímar. La inmigración de Lanzarote y Fuerteventura (1900-1975)”. *Revista Aguayro*, nº 211, Enero-Febrero 1993, pp. 32-37.

VV. AA. (2002): *Historia General de Lanzarote 1. Geografía*. Edición del Cabildo de Lanzarote, 377 p.